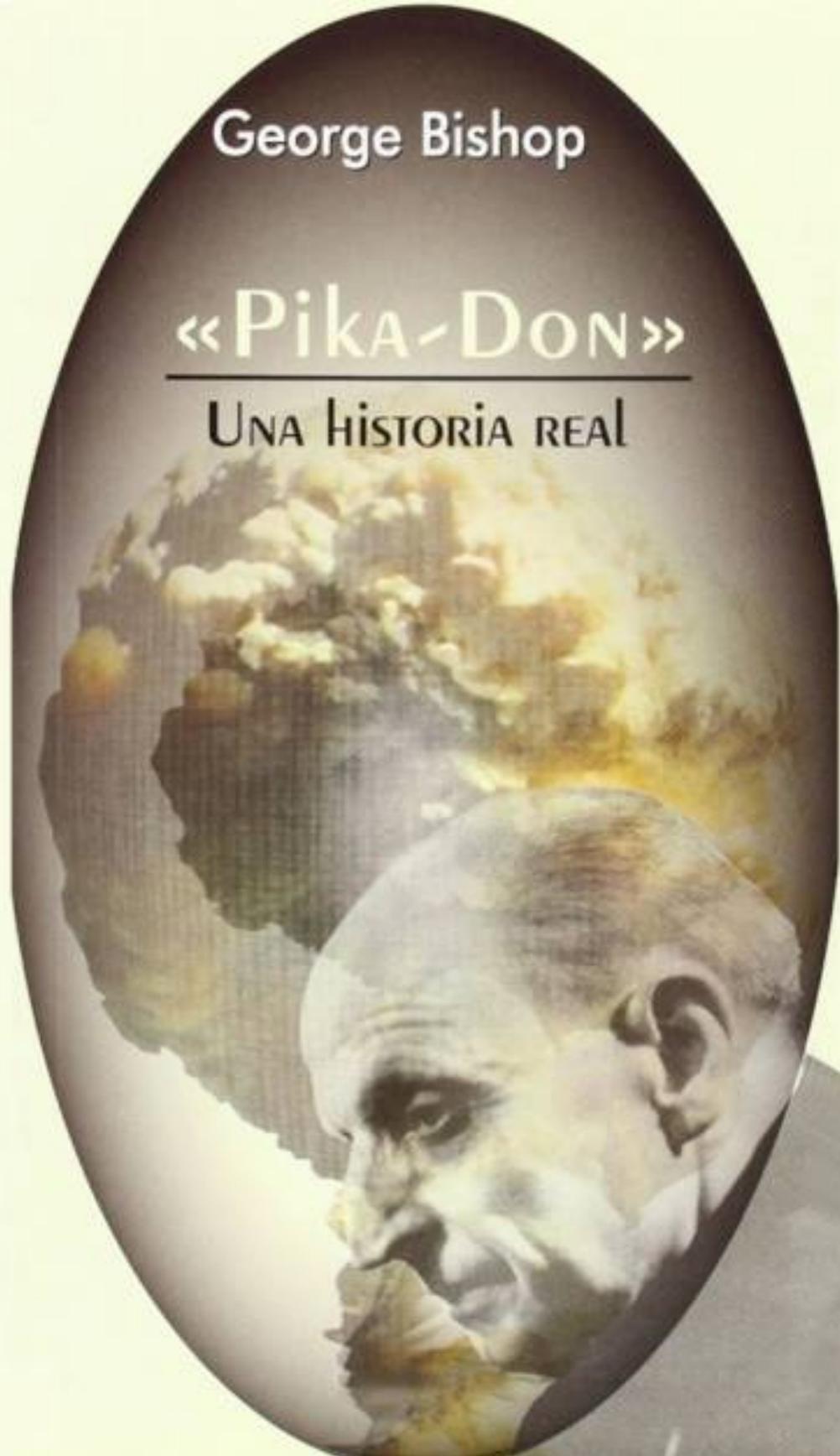


George Bishop

«Pika-Don»

UNA HISTORIA REAL



Hiroshima, agosto de 1945: el infierno se abate sobre la ciudad, y en una fracción de segundo son exterminadas decenas de miles de personas: «fogonazo y estruendo» (en japonés, «Pika-Don»). Muchos miles más mueren, en medio de agudísimos dolores, conforme van pasando los días, como consecuencia de la radiotoxemia, la enfermedad provocada por la radiación.

Entre los supervivientes, un grupo de jesuitas encabezados por el padre Arrupe, quien llegaría a ser general de la Compañía de Jesús. Sus experiencias tanto individuales como colectivas de los efectos de la explosión y la respuesta cristiana que ofrecieron a otras personas que se encontraban en su misma situación constituyen el tema central de este libro, en entrelazan también otros hilos: el proceso de construcción de la bomba en los Álamos, Nuevo México; la participación del Coronel Leonard Cheshire como observador en el bombardeo de Nagasaki, y su posterior encuentro con el padre Arrupe; la traición de Klaus Fuchs; los peligros de la proliferación nuclear...

Una historia real, documentada y enriquecida con el detallado testimonio de testigos oculares de la tragedia y tan fascinante como una novela. Leyéndola, sentirá que recorre con el padre Arrupe y sus compañeros las calles devastadas de Hiroshima y podrá contemplar los mismos horrores.

Prólogo

Recuerdo todavía la enorme sorpresa que experimenté al leer que algunas personas que vivieron directamente la explosión de la bomba atómica en Hiroshima en agosto de 1945 habían logrado sobrevivir de manera casi milagrosa. Entre los supervivientes se encontraba un grupo de jesuitas, encabezado por Pedro Arrape, quien más tarde llegaría a ser general de la Compañía de Jesús, y una preciosa jovencita, Toshika Sasaki, desfigurada por la bomba e invadida por un poso de amargura. Algún tiempo después, cuando leí la autobiografía del coronel Leonard Cheshire, aviador británico condecorado con la Cruz de la Victoria, descubrí que había participado (como observador) en el lanzamiento de la bomba atómica sobre Nagasaki. Vencidos y vencedores, gentes de uno y otro bando, se habían convertido en «hombres y mujeres para los demás»; el horror del holocausto atómico había cincelado sus vidas para siempre, pero sus corazones seguían abiertos a las necesidades de quienes los rodeaban. Supe enseguida que aquí había una historia que podía ser narrada. Pika-Don es esa historia.

George Bishop
Boume
Lincolnshire
Mayo de 1995

Primera parte
EL PRELUDIO DE PIKA-DON

1: «¡Usted es un espía de Occidente!»

Hiroshima, 1944

Pedro Arrope entró en su despacho. Tratándose del despacho del rector, calificarlo de «espartano» habría sido demasiado generoso: una mesa, dos sillas, una estera de paja (tatami) en el suelo, cuatro blancas paredes totalmente desnudas. Se sentó.

En el suelo de madera, cuidadosamente encerado, resonaron, sordas, las pisadas de alguien que se acercaba corriendo. Una silueta achaparrada asomó, jadeante, en el umbral de la puerta. Era el hermano Kim. Tobías Kim era un novicio coreano que se preparaba para el sacerdocio.

—¡Padre, están aquí los kempetai!, acertó a proferir.

Los kempetai eran los miembros de la todopoderosa policía secreta del ejército japonés, expertos en toda suerte de torturas y capaces de extraer cualquier secreto hasta de la más obstinada de las personas.

El padre Arrupe salió a recibir a sus visitantes. Se los encontró en el pasillo: allí se le encaró un oficial que calzaba altas botas militares y tenía la mano izquierda sobre la empuñadura de su espada de samurai.

—¿Pedro Arrope? —preguntó.

—Sí —asintió el sacerdote español.

—Venga con nosotros, está usted arrestado.

—¿Arrestado? —repitió el padre Arrope—. ¿Por qué motivo?

—Es usted un espía.

El sacerdote se rio al oír aquella acusación.

Un seco revés en la cara, que le propinó uno de los soldados, hizo que se tambaleara.

–*Keto!* [¡Bestia peluda!]. No seas grosero con tu superior –le gritó el soldado.

El hermano Kim, quien hasta entonces se había mantenido a una prudencial distancia detrás de su maestro de novicios, se abalanzó hacia el guardia.

–¿Cómo te atreves? –le gritó, levantando el brazo. La culata de un riñe golpeó la entrepierna del joven coreano, quien cayó al suelo retorciéndose de dolor. Los japoneses y los coreanos no se llevaban muy bien.

El capitán se acercó, hasta quedar de pie encima de él.

–No te metas en esto, o tendremos que arrestarte también a ti.

Y se giró para mirar a Arrape, quien, por su parte, ya se había dado cuenta de que la visita iba en serio. No se trataba de ninguna broma.

–Es usted un espía y un saboteador. Está entorpeciendo las labores de guerra.

El sacerdote español estaba atónito.

–¿Espía? ¿Saboteador? ¿Sabotaje? ¿De qué sabotaje me habla usted?

–Usted ha estado predicando a sus escolares la *heiwa* [paz].

Era cierto: el padre Arrape no había perdido una sola oportunidad de denunciar la guerra y abogar por la paz.

–¡Claro que he estado predicando la *heiwa!* –admitió.

–¿Es que no sabe que estamos en guerra? –gritó el oficial, que cada vez se parecía más a un enojado Fu Man Chu.

Y lanzó una mirada llena de furia a la diminuta figura que tenía delante de él.

–Sí, es cierto, la guerra puede estar justificada algunas veces –contestó el sacerdote—. Por ejemplo, en defensa propia.

–De eso justamente se trata: nosotros nos defendemos de los capitalistas ingleses y norteamericanos.

–¡Pero si fueron ustedes quienes atacaron a los norteamericanos en Pearl Harbour...! Y no al revés.

Hubo una breve pausa, mientras el oficial ensayaba una línea de argumentación alternativa.

–Nosotros luchamos por la justicia –continuó el oficial, agitando la empuñadura de su espada para poner aún más énfasis–. Nosotros –prosiguió diciendo– luchamos para liberar Asia del yugo del capitalismo occidental, para librarla de Gran Bretaña y de los Estados Unidos. Luchamos para devolver Asia a los asiáticos. Es nuestro deber.

Era evidente que el hombre estaba completamente convencido de la bondad de su causa. Pero el oficial de la policía secreta no estaba dispuesto a seguir rebajándose delante de sus hombres discutiendo en el pasillo sobre la moralidad de la guerra con un *gaijin* (extranjero).

–Venga conmigo. Está usted arrestado. Usted mismo, al reconocer que ha defendido la paz, se ha declarado culpable. No podemos permitir que los extranjeros occidentales envenenen las mentes de nuestros valientes jóvenes con tanta perorata sobre la paz.

Los soldados se llevaban ya al padre Arrupe.

–¿Puedo llevar conmigo algunas cosas? –preguntó el sacerdote.

–No, no puede –fue la severa y cortante respuesta.

–¿Puedo llevar al menos mi breviario?

–¿Breviario? ¿Qué es eso?

–Lo necesito para rezar el oficio –explicó el padre Arrupe.

–Oficio... ¡oficina! ¡Eso es!

El capitán de la policía secreta ordenó inmediatamente a sus hombres que registraran el despacho: era allí, pensó, donde podían estar escondidos las cartas y documentos inculpadores.

Antes de que el padre Arrupe pudiera explicar que el oficio era la oración diaria que estaba obligado a rezar, lo subieron sin contemplaciones a una camioneta que estaba esperando en la puerta y se lo llevaron. Tanto sus compañeros como los escolares, despertados unos y otros por los gritos y el revuelo, contemplaban lo que ocurría sin dar crédito a sus ojos.

La camioneta enfiló el camino valle abajo. Hiroshima estaba rodeada de colinas cubiertas de pinos. Los ocupantes de la camioneta se balanceaban de un lado para otro con las sacudidas que daba el vehículo en la pista de tierra. Atrás quedaba un rastro de polvo amarillento. Al llegar al poblado de Nagatsuka, la camioneta aminoró la marcha. Pequeños grupos de curiosos miraban sorprendidos la insólita escena de un *gaijin* conducido bajo custodia policial. Se acercaba ya la estación fría, y no había mucha actividad en las terrazas que contorneaban las laderas de las colinas, normalmente animadas con el trabajo de los campesinos en los campos de arroz. Aquí y allá se erguían en el valle las casas de los campesinos, de una sola altura y con techos de *susuki*, una de las variedades de la cortadera.

La entrada al parque Ohshiba estaba flanqueada por altos pinos que lo protegían de los malos espíritus; si alguno de ellos pretendía entrar, se quedaría enredado en las afiladas agujas de las coníferas. Las magnolias y las violetas ya no estaban en flor. A Arrupe le gustaba pasear de vez en cuando por el parque, por aquella gravilla meticulosamente dispuesta que representaba el mar y en la que, irregularmente repartidas, algunas rocas semejabán islas. Cerca de la casa del té, que tenía forma de pagoda y estaba rodeada de azucenas y rododendros, un agua limpia y cristalina caía por una diminuta cascada, y luego, algo más allá, pasaba por debajo de unos menudos puentes arqueados, dispuestos en zigzag para despistar al diablo, quien, según la creencia popular, sólo podía moverse en

línea recta. Se preguntó si volvería a disfrutar de aquellos deliciosos paseos.

Dejaron atrás Misasa, y más tarde, por el puente Misasi, cruzaron el río Ohta. Comenzaron a divisar el enorme parque Asano. A la derecha se levantaban los enormes muros del castillo de Hiroshima, en cuya torre *tenshu*, con forma de pagoda, ondeaba la bandera del Sol Naciente. Pensaba que la camioneta iba a parar allí: creía que ése era el lugar donde iba a ser encarcelado. Pero el vehículo siguió su marcha. Podía oír cómo, en el acuartelamiento oriental, los sargentos de instrucción gritaban sus órdenes a los jóvenes reclutas.

La mayoría de las casas eran edificios de una sola altura, construidos con madera y papel. Ocasionalmente, algún moderno edificio de acero y hormigón, como los grandes almacenes Fukuyama o el Museo de Ciencia e Industria, rompía el paisaje de casas bajas. A lo lejos, en la bahía de Hiroshima, anclados en el puerto de Ujina, los buques de transporte de tropas arrojaban al aire columnas de humo negro. Estaban llenando sus bodegas con hombres y equipamientos destinados a cualquier rincón del vasto imperio japonés, que a la sazón comprendía todo el Lejano Oriente y abarcaba Filipinas, las Indias Orientales holandesas, Malasia, Indonesia, Nueva Guinea, la mayoría de las islas del Pacífico, Birmania, y llegaba incluso hasta las mismas puertas de la India, a Kohima. El humo de la Mitsubishi y de otras industrias de la periferia de la ciudad competía con los buques de transporte en la contaminación de la atmósfera.

El número de vehículos crecía a medida que se acercaban al centro de la enorme ciudad. Tranvías llenos de gente a reborar dejaban oír su paso por los raíles metálicos; parecían llevar pasajeros agarrados a cualquier lugar que ofreciera el más mínimo asidero. Pasaban también numerosos ciclistas y peatones: era como si hubiera millones de ellos. Al pasar por Nobori-cho, donde los jesuitas tenían

iglesia y escuela, reconoció la misión, que tan familiar le era. Y luego cruzaron el suburbio de Koi.

La camioneta se detuvo finalmente en la prisión de Yamaguchi. Conocía bien aquel lugar: había sido su primera parroquia. Le sorprendió encontrar a un grupo de hombres y mujeres arremolinados en la puerta de la prisión. Eran algunos de sus antiguos feligreses. Las noticias habían volado desde Nagatsuka a Yamaguchi. Le agradó verlos de nuevo, aunque fuera en tales circunstancias. Permanecían de pie en silencio, sin poder creérselo, con la boca abierta por la sorpresa. Algunas mujeres se echaron la mano a la boca. Al frente de todos ellos estaba el viejo John, con la cabeza agachada y su boina chata en la mano; la escena recordaba a la de los campesinos del famoso cuadro de Millet, *El ángelus*. John solía ayudarle en misa.

Sin ningún tipo de ceremonia ni consideración, como si se tratara de un vulgar bandido, los soldados sacaron al padre Arrupe de la camioneta y cruzaron con él las puertas del que iba a ser su presidio. Le hicieron ponerse el tosco uniforme de la prisión: un basto pantalón negro y una camisa gris, a rayas, y lo metieron a empellones en una celda. Oyó tras él el ruido que hizo la puerta al cerrarse. No podía ver nada: estaba totalmente oscuro. Transcurrió un tiempo antes de que pudiera comenzar a distinguir los límites de la celda. No había ni mesa ni silla alguna; tan sólo una sucia estera de paja sobre el duro suelo de piedra y un recipiente de metal en uno de los rincones. Tampoco había ninguna ventana, por lo que la luz era escasa, y el aire estaba enrarecido.

Y así comenzó su solitario encierro. La puerta de la celda se abría una vez al día, cuando el carcelero le llevaba un cuenco de arroz. El carcelero no le dirigió nunca la palabra. Era evidente que sentía desprecio y odio por el *gaijin*. En Japón, el cristianismo era considerado como algo

ajeno, como algo que suponía una amenaza contra la *kokutai*, la nación.

El padre Arrupe era un sacerdote jesuita. La presencia de los jesuitas en Japón se remontaba a cuatrocientos años atrás, a la época en que san Francisco Javier llegó por primera vez al país en 1549. A comienzos del siglo XX fundaron en Tokio la Universidad Sophia. En 1933, a la universidad se añadió un noviciado, que en 1936 fue trasladado a Hiroshima. En 1939, tres jóvenes fueron admitidos como novicios: el estudiante japonés Matsumora (cuya historia se cuenta más adelante en este libro), el coreano Kim y otro japonés, Yokota, que deseaba ser hermano, no sacerdote.

Siendo todavía un estudiante, Arrupe había solicitado ser enviado a misiones extranjeras. La respuesta era siempre la misma: «Espera». Sus superiores estaban probando su vocación. Finalmente, en 1938, sus deseos se vieron cumplidos, y fue destinado a Japón. Tuvo primero un periodo de aprendizaje con unos sacerdotes alemanes en Ube, ciudad situada a veintiuna horas en tren de Tokio. Luego estuvo como párroco en Yamaguchi. Y en marzo de 1942 fue nombrado maestro de novicios y rector del noviciado de Nagatsuka.

Algunos días más tarde, sacaron al padre Arrupe de su celda para interrogarlo. Tuvo que proteger sus ojos de la luz colocándose la mano a modo de visera. El jesuita, delgado y de mediana edad, ya con escaso pelo en la parte alta de la frente, se encontró ante un oficial con gafas, de cara mongoloide y alargada y con barba de chivo. Pidió una taza de agua; pero todo lo que obtuvo fue una mirada de hielo.

—¿Dónde nació usted?

—En España.

—¿Cuándo?

—En 1907.

—¿A qué se dedicaba en España?

–Era estudiante de medicina.

–¿Dónde?

–En la Universidad de Madrid.

–¿Por qué se marchó?

–Porque quería ser sacerdote.

–¿Por qué se fue a América?

–Para completar mis estudios.

–Podía haber completado sus estudios en Europa...

¿No es verdad que fue usted a América para hacerse espía?

Arrupe negó con la cabeza tan ridícula posibilidad. El interrogatorio continuó. Y Arrupe siguió contando su vida.

Fue ordenado sacerdote en Holanda, en 1936. Luego marchó a los Estados Unidos para continuar sus estudios. El interrogador le exigió más detalles. Entre 1936 y 1937 estuvo en el St. Mary's College, en Kansas, y entre 1937 y 1938 en Cleveland, Ohio. Un escribiente iba anotando cuidadosamente todas las fechas y lugares. Y luego, en octubre de 1938, llegó finalmente a Japón.

–Japón. ¿Por qué Japón?

–Quería trabajar aquí.

–¿Y no fue más bien que los capitalistas norteamericanos le mandaron aquí?

Arrupe sacudió nuevamente la cabeza. Hubo varios interrogatorios más. Al menos tenía oportunidad de ver la luz y respirar aire fresco cada vez que lo sacaban para ser interrogado. Una y otra vez les contó la misma historia: que había nacido en Bilbao y era el único varón de cinco hermanos; que su padre era arquitecto y editor de periódicos; que su familia no era adinerada, pero tampoco pobre; que su madre murió cuando él tenía diez años, y su padre, cuando estaba estudiando ya, con dieciocho años, en la universidad; y que decidió entrar en la Compañía de Jesús después de un hecho poco usual que vivió en Lourdes.

–¿Cuál fue ese hecho poco usual?

–Vi tres milagros.

–¡Milagros! –gritó el interrogador con una mueca de desprecio, volviéndose hacia sus dos compañeros, quienes mostraban parecido desdén.

–Cuéntenos más –le ordenó.

El padre Arrupe les contó los milagros. Luego prosiguió:

–Fui expulsado de España, en 1932, junto con todos los demás jesuitas.

–¿Expulsado? ¿Por qué?

–El gobierno español era comunista y perseguía a la Iglesia.

A los interrogadores quizá les gustaría oír aquello, pensó; los japoneses no se caracterizaban precisamente por su admiración por los comunistas.

Era diciembre, y en la celda hacía muchísimo frío; tanto, que literalmente se helaba tumbado en aquella pobre estera. Pasó muchos días y muchas noches aislado en aquel solitario encierro. Nunca le abandonó el temor de que la próxima vez que abrieran la puerta sería para ejecutarlo. Algunos años más tarde, se refirió a aquella terrible experiencia en la prisión de Yamaguchi como la época más instructiva de toda su vida: en ella aprendió la ciencia del silencio, de la severa y austera pobreza y del diálogo interior con su Hacedor. Sus pensamientos eran la única compañía. Recordaba con frecuencia a su familia: su padre y su madre, tan devotos, y sus hermanas. Y sus días en la universidad. Y también su amor por la ópera:

«Me gustaba mucho el teatro, la música y la ópera. ¡Ah, la ópera! Formábamos parte del sector de público que más aplaudía. Solíamos comprar nuestras entradas en un bar en el que todo se servía en platos de metal, y los objetos plateados que lo decoraban estaban sujetos a las mesas con pequeñas cadenas: con esto bas-

ta para hacerse una idea del tipo de local que era. Pero entonces éramos jóvenes...

Por aquella época, debutaba Miguel Fleta. Había sido verdulero; solía recorrer con su burro las calles de Zaragoza, anunciando a voz en grito y lleno de entusiasmo los productos que llevaba. Como cantante de ópera, tuvo siempre una voz muy poderosa, aunque no demasiado bien formada. Siempre tuvo mucho éxito en Madrid, hasta tal punto que con frecuencia se veía interrumpido por el entusiasmo de sus seguidores. Entonces pedía al público de rodillas que le permitiéramos continuar; pero nuestro grupo le aplaudía y le vitoreaba aún más»^[1].

A su mente volvía también con frecuencia el recuerdo de otros días en la prisión –no como interno, sino como visitante–. Antes de salir de los Estados Unidos hacia Japón, durante su período de «Tercera Probación» en Cleveland, había visitado a prisioneros de habla hispana en una prisión de Nueva York. Al principio, cuando lo vieron entrar con alzacuello en las celdas de empedernidos criminales, los guardias temieron por su vida. Sin embargo, meses más tarde, cuando les comunicó que se marchaba a Japón, aquellos hombres, autores de auténticas atrocidades, organizaron una fiesta e improvisaron un concierto en su honor.

Se preguntaba cuánto tiempo estaría prisionero. ¿Tanto como algunos de aquéllos? Pensó en varios de ellos que habían envejecido en sus celdas. ¿O sería más bien una corta estancia, como la de quienes eran condenados a la silla eléctrica? No sabía qué sería mejor. Se acordó del joven Jorge, a quien le repitió, cuando era conducido hacia la «silla», aquellas palabras que casi dos mil años antes fueron dirigidas al ladrón arrepentido: «Esta noche estarás conmigo en el paraíso».

En aquellos días y noches interminables, que se confundían unos con otros, ¡cuánto deseó recibir alguna visita! Pero nadie vino. Nunca vio a nadie, ni habló con nadie. En eso consiste precisamente el estar encarcelado en régimen de aislamiento.